Carlos Ros

Padre Leonardo Castillo,

«Costalero para un Cristo Vivo»

LETRAS DE AUTOR

© Carlos Ros
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García

Primera edición: septiembre 2017

ISBN: 978-84-17101-04-6
Depósito Legal:
P.V.P.: 15 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

Cuando fui a la India con *Los Rocieros por el Mundo*, un guía se sorprendió de lo impulsivos que éramos los sevillanos. Entonces nos dijo: «No pierdan la calma y la serenidad, porque Dios nos da sorpresas todos los días y si estamos alterados no lo percibiremos». Yo creo que hoy en día falta oración.

Leonardo Castillo

Nota introductoria a la presente edición

En realidad, este libro es la tercera edición de *«La faena de su vida. Conversaciones con el Padre Leonardo Castillo»*, después de una primera edición en 2004 y una segunda en 2005, a la que añadí un capítulo con el relato de su muerte.

Esta nueva edición aparece después de doce años, porque la llama del padre Leonardo sigue viva en Sevilla a través de sus «Costaleros para un Cristo Vivo», y también por su actualidad tras la reciente noticia del traslado de sus restos mortales del cementerio a la iglesia parroquial de su pueblo de Algar (Cádiz), hecho ocurrido el 27 de mayo de 2017.

He querido cambiar el título al libro, llamándole *Padre Leonardo Castillo, «Costalero para un Cristo Vivo»*, y le he añadido un capítulo final, que recoge algunos detalles últimos de su vida y cuanto desde su muerte acá ha acontecido. Igualmente, en el cuadernillo de fotos ha habido alguna variación.

Todo sea en alabanza de este gran sacerdote de la diócesis hispalense que tanto bien derramó en su vida, y sigue derramando.

Prólogo

Tan oportuno y meritorio como arriesgado y difícil es ese interés por escribir una biografía de Leonardo Castillo. Es que la vida de este apreciado y singular sacerdote rompe cualquier molde de lo verosímil para metemos en la locura de un desbordado interés por los demás.

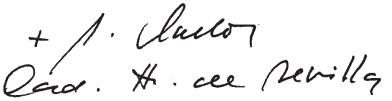
Lo mismo da que se trate del aristócrata y poderoso o del indigente, del maletilla que comienza o del que es ya figura, del extraño y del conocido. Hay que ayudar y Leonardo, no sólo le «echar una mano»», sino que se mete él mismo en la piel de quien lo necesita.

Que unos quieren ir a Lourdes, pues a buscar «Costaleros para un Cristo vivo» y realizar la peregrinación más ejemplar y alegre del mundo. Que los pobres no tienen escuela, pues a pasear por las Ramblas de Barcelona con artistas famosos que se apunten a un festival. Que hay que dar «un día de libertad» a los presos de la cárcel, pues se les trae a Triana y al Palacio arzobispal. Que hay que llorar con el que llora, pues los ojos de Leonardo cargados de lágrimas. Que se están abriendo las carnes de las gentes por las injusticias, pues Leonardo metido en la denuncia y la reivindicación.

Como este bondadoso sacerdote está empeñado en llevarnos a todos al cielo, nos da cada sablazo que deja el bolsillo temblando. Es que así, llena del vacío santo del desprendimiento y de la ayuda a los pobres, es como se debe llevar la alforja para presentarse ante el misericordioso juicio de Dios.

Leonardo vive el extraordinario y ejemplar milagro de dar a diario la vida por los demás, por eso no se preocupa por la suya. El doctor que le atiende me dijo un día que el deseo de ayudar a la gente es lo que le mantiene la fortaleza y el buen ánimo. Pero más «cornadas» da el hambre de las gentes, dice Leonardo, y él tiene que ayudar a Cristo a realizar todos los días el milagro de multiplicar el pan, y el trabajo, y la reconciliación entre todos.

Volvamos al principio: es casi imposible hacer una biografía de Leonardo Castillo. Carlos Ros, que sabe mucho de escribir sobre personajes santos y singulares, se ha metido en el empeño. El resultado es de lo más satisfactorio. Enhorabuena al reconocido y fecundo escritor y a Leonardo. Y «que Dios reparta suerte», que es tanto como decir: que Dios os bendiga y os guarde a los dos.



Carlos Amigo Vallejo
Cardenal Arzobispo de Sevilla

Introducción

«A veces, me miro al espejo y me pregunto: ¿adónde voy con esta cara? Me río y se ríe el espejo, y ya somos dos los que nos reímos».

Amigos, quien así habla es Leonardo Castillo, sacerdote sevillano, canónigo, delegado de Cáritas diocesana, capellán de la cárcel, cura de los toreros, cura de Cazalla de la Sierra durante muchos años y creador de su Escuela Profesional, director también de la Escuela Profesional «Marcelo Spínola» en el palacio arzobispal de verano de Umbrete, director de la Residencia Universitaria de San Telmo, cura «apagafuegos» de Carrión de los Céspedes y de la O de Sevilla, Sevillano del Año 1973, Gran Cruz de Beneficencia, hijo predilecto de Algar, su pueblo, y adoptivo de Cazalla de la Sierra y de Carrión de los Céspedes, rociero por el Mundo, costalero para un Cristo Vivo, peregrino anual con sus enfermos a Lourdes, y enfermo también él de cáncer de colon y un infarto de caballo que le dio en 1997... Y, sin embargo, ahí está, con su sonrisa y buen humor. Amigo de todos y enemigo de nadie, vive de milagro, con una fe en Dios tan contagiosa que al tratarlo te hace sentirte más bueno. Gastado su cuerpo como los duros antiguos de plata, no pierde por ello el humor a sus setenta y pico de años. Y su actividad sigue siendo febril, en su despacho de Cáritas o en los mil follones en los que se mete todos los días. No

descansa este hombre. Sigue predicando, mucho y bien. Y sigue derrochando afecto y amistad. Es una institución en la ciudad de Sevilla y una gloria para la Iglesia.

Confesaré una cosa. Andaba yo ultimando la biografía de un sacerdote santo de Sevilla del tiempo de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V, el venerable Fernando de Contreras, que reposa a los pies del altar mayor de la Catedral, en un sitio tan preciado que los mismos canónigos no consintieron que arzobispo alguno se enterrara en semejante lugar. Fernando de Contreras, apóstol de Sevilla y redentor de cautivos, no pasó de simple cura. Y sin embargo, los canónigos de entonces, movidos por la santidad de este hombre, le obsequiaron con tan preciado lugar. Pues bien, estaba culminando su biografía, que ya está en librerías, cuando pensé si encontraría un sacerdote digno de resaltar su figura en los tiempos que hoy corren. Y se me vino a las mientes, casi sin pensarlo, como una premonición, la persona de Leonardo Castillo.

Por eso, tras un sacerdote ejemplar de la Iglesia de Sevilla del siglo XVI, me apresuro a escribir sobre otro sacerdote ejemplar del siglo XXI. ¿Qué saldrá de aquí? No lo sé en estos momentos. Tal vez no resulte una biografía al uso. Pretendo más bien profundizar en el corazón de este hombre. ¿Qué le mueve a ser así? ¿Por qué quiere tanto a Dios? ¿Por qué quiere tanto a los hombres? ¿Por qué lo quiere todo el mundo? ¿Por qué tiene tantos amigos? ¿Por qué es tan amigo de los toreros? ¿Y de los presos? ¿Y de los pobres? ¿Por qué sonríe siempre?

Esto último me lo aclara enseguida, ya mismo, cuando comenzamos a hablar:

«¿Me voy a poner a llorar porque tengo un cáncer de colon?», me dice y dice a todos. Y se echa a reír.

«Siempre le pido a Dios más humor que salud, porque la gente quiere que le sonría y me ría con ella. Hoy mi mejor sermón es reírme».

Lo que sigue será un diálogo reflexivo con él. Yo pregunto y él responde. Al final, ya veréis, habré dibujado sin querer la biografía de alguien de quien creo que no debe perderse en lo fugaz de una entrevista de periódico, que ha tenido muchas y muy sustanciosas a lo largo de su vida. Pretendo, humildemente, consignar para el futuro el pensamiento y los haceres de un buen cura llamado Leonardo Castillo, en el mundo de los toros, hace unos años, el Padre Festivales, hoy día en Sevilla sencillamente el Padre Leonardo.

Lo de Padre Festivales le vino de Julio Montes, cronista de la «Hoja del Lunes» de Sevilla, que lo denominó así cuando organizaba los festivales taurinos en pro de la Escuela Profesional de Cazalla, que le ha llevado a mantener de por vida una amistad entrañable con los toreros y su mundo. También le cayeron por aquel tiempo otros motes, que han perdurado menos en la memoria colectiva de la gente, como Padre Botella, Padre Ladrillo, Padre Tebeo... Hoy día es simplemente Padre Leonardo. Así se le conoce en Sevilla, único cura a quien se dice Padre, cuando a los demás se les llama Don Juan, Don Luis, Don José... En Sevilla Leonardo Castillo es simplemente Padre Leonardo, y si queréis un mote, Padre Cáritas. Con eso basta, todo el mundo lo entiende. Así que comenzamos una conversación pausada con el Padre Leonardo Castillo, dicho en términos taurinos, la «Faena de su vida».

Capítulo 1
Sacerdote para siempre

Carlos.- Comenzaremos nuestro diálogo, si te parece, por tu ordenación sacerdotal, ese punto de inflexión en tu vida, el antes y el después. Y, según discurra la conversación, caminaremos hacia tu infancia y años de Seminario y hacia delante, hacia el Leonardo que todos conocemos. ¿Recuerdas el momento aquel de tu ordenación sacerdotal, las vivencias primeras de aquel día que hicieron de ti el hombre sacerdotal que eres hoy?

Leonardo.- La víspera de mi ordenación sacerdotal, 3 de junio de 1955, era viernes. Habíamos salido de los ejercicios espirituales previos a la ordenación. Un día de mucho nerviosismo. Sobre la mesa y silla de mi cuarto en el Seminario de San Telmo se hallaba lo que podría ser la armadura para investir a un caballero: casulla bordada en oro (regalo de doña Carmen Molina y Verdú), alba de encaje, amito, cíngulo, sotana... La noche me resultó casi eterna, pero llena de ilusiones y con vivos sentimientos de ser sacerdote santo. A ser posible heroico, en el más estricto sentido de la palabra. Ese día se cerraba un periodo de doce años de Seminario.

C.- Dejas atrás doce años de Seminario, cinco en el Seminario Menor de Sanlúcar de Barrameda y siete en el Seminario de San Telmo de Sevilla...

Leonardo.- Ingresé en el Seminario Menor de Sanlúcar el 23 de septiembre de 1943. No fui un estudiante muy inteligente, simplemente normal, pero puntualizaría como características de mi vida en el tiempo de Seminario: la piedad sincera y sencilla, vida sin grandes complicaciones, amistad con todos y mucha constancia y esfuerzo en el estudio. Para el estudio tenía una motivación muy fuerte: pensar en los jornaleros, lo que podría haber sido yo, soportando las incomodidades del frío y del calor. Me los imaginaba segando a pleno sol. Y yo, gracias a mis padrinos, don Joaquín Díez Hidalgo y doña Josefa Bohórquez López de Meneses, hacendados de Jerez de la Frontera, gozaba de una beca para estudiar en el Seminario. Ellos durante los doce años de estudios cubrieron los gastos del Seminario y les estoy eternamente agradecido.

C.- ¿Cómo recuerdas tus años de Seminario?

Leonardo.- Fueron años en mi vida tan normales que a veces cuando observaba a compañeros con crisis o complicaciones de cualquier tipo me daba coraje de que yo no las tuviera. Sólo en el año 1950, con motivo de la muerte de mi madre, pasé unos meses de una tristeza interior tan fuerte que creía que allí terminaba el mundo. Al estudiar en mi cuarto, llenaba los libros de lágrimas. No encontraba consuelo en nada. A partir de ese momento, la muerte de mi madre, sentí una gran transformación en mi vida espiritual. Hubo una temporada larga en la que viví una gran vida interior, casi palpaba la presencia de Dios. Me encantaba la lectura de libros de mística, biografías de santos y la oración y meditación se me hacían siempre cortas. ¡Lástima de no haber continuado así toda

la vida! En 1950 leí una frase de Pío XII (creo que era un discurso a los jóvenes) que decía: «Muchas personas son todavía malas, porque no se les ha amado suficientemente». Me venía como anillo al dedo, por naturaleza y porque lo viví y lo aprendí de mis padres y de una manera especial de mi madre. Me impresionó profundamente esta frase de Pío XII, que ha sido un verdadero motor en mi espíritu y en mi vida posterior.

C.- Has recordado a tu madre. ¿Tu familia...?

Leonardo.- Esa frase de Pío XII, «muchas personas son todavía malas, porque no se les ha amado suficientemente», la he vivido en casa en mi niñez. El ámbito familiar no podía ser más propicio para mi actuación después como sacerdote. Tanto mi padre como mi madre fueron verdaderos ejemplos de generosidad. La comida que mi madre preparaba para mi padre y para los hijos en muchas ocasiones la daba al primer pobre que pasaba y tenía que improvisar otra cosa para la familia. El hecho de que mi padre muriera cuando yo tenía ocho años, hace que lo recuerde muy a distancia. A partir de ese momento mi madre hizo también las veces de padre. Pero los dos, con su conducta ejemplar, han dejado profunda huella en el mi vida. Mi madre fue una mujer piadosa, sencilla, de gran generosidad, me atrevería a decir espléndida en dar, acogedora. Además, por el hecho de ser la única hembra de ocho hermanos, mi casa, muy amplia, era el lugar de reunión de mis tíos y primos, que eran muchísimos.

C.- Me tendrás que hablar de tu madre y de tu infancia. Pero estamos en el 4 de junio de 1955, sábado, día de tu ordenación sacerdotal, momento clave de tu vida. Eres el Leonardo que conocemos porque ese día te ordenaste de sacerdote. ¿Qué ocurrió?

Leonardo.- Me gustaría tener facilidad para expresar con exactitud lo ocurrido en este día clave de mi vida. La confirmación de que no sólo era llamado, sino fundamentalmente elegido. También, el gozo de ver coronado el esfuerzo personal de doce años de lucha, de superación de muchas dificultades. Era también el primer sacerdote nacido en mi pueblo, Algar, y ello me producía una singular satisfacción. Por otra parte, compensaba en el plano humano a todos los que me ayudaron de una u otra forma.

C.- La ordenación sacerdotal tuvo lugar en la Capilla Mayor del Seminario (hoy palacio de San Telmo). Ofició el arzobispo coadjutor don José María Bueno Monreal. Sevilla, la Sevilla religiosa, era un hervidero en aquellos momentos, con un cardenal Segura encerrado en su palacio arzobispal, destituido de toda jurisdicción por Roma, y un arzobispo coadjutor que vivía en el Seminario y despachaba los asuntos de la diócesis en el arzobispado. Había llegado de la diócesis de Vitoria el 4 de noviembre de 1954 con ese difícil encargo de dar capotazo al cardenal Segura y tomar las riendas de la diócesis. La primera tanda de sacerdotes que salieron bajo el mandato de Bueno Monreal fue la promoción de Leonardo, 19 misacantanos en la capilla de San Telmo, bajo la imagen de Nuestra Señora del Buen Aire... El cardenal Segura murió en Madrid tres años después, el 8 de abril de 1957.

Enmarcada su ordenación sacerdotal en el contexto histórico del momento, Leonardo sigue con sus reflexiones y recuerdos de aquel día inolvidable para él.

Leonardo.- Aunque el Seminario estaba bastante cerrado a lo que ocurría en la calle, de los mentideros de Palacio nos llegaban noticias del nuevo arzobispo, del cardenal Segura, de la visita del Nuncio de su Santidad, cambios de sacerdotes de las parroquias,

etc. Recuerdo que al día siguiente de la llegada a Sevilla del nuevo arzobispo Bueno Monreal vino a San Telmo y nos reunió a los seminaristas. Nos dijo que venía como el cireneo del cardenal Segura. Cuando terminó el encuentro, lo que más se comentaba era que ya se podía jugar al fútbol con calzonas. Hasta entonces teníamos que jugar con sotana, que teníamos puesta durante todo el día. ¡Con qué poco nos conformábamos!

Mi actitud durante la ceremonia de ordenación fue de concentración interior, no quería que se me escapara ni una idea, ni una palabra del ritual. Tendido en el suelo, lo besé y en esta actitud, aunque fue un instante, di gracias al Señor y recuerdo que le hice ofrenda total de mi vida con sus aciertos y con sus fallos. Tuve muy presente a mis padres y, por la cercanía de su muerte, a mi madre. Resultaba muy emotivo cuando, después de ungirte las manos el obispo con el óleo santo, las ataban los padres. En mi caso fue mi hermana. Me producía desencanto ver a algunos compañeros que lloraban emocionados y a mí no me salía una lágrima. Deseaba llorar y no podía. Esto, sin embargo, no era obstáculo para vivir y experimentar una singular alegría y gozo interior difícil de expresar. También deposité todo el valor y significado de estas palabras del obispo: «¿Me prometes a mí y a mis sucesores sumisión y obediencia?». Creo que he sido fiel; aunque en su cumplimiento, la actitud «paternal», y en ocasiones de verdadero «abuelo», del cardenal Bueno Monreal haya sido fundamental. Desde este primer momento y durante todo el período largo de su pontificado han sido incontables los detalles y delicadezas que tuvo conmigo. Me agradaría poderlos enumerar, como testimonio de la magnanimidad, sentido común y bondad de Bueno Monreal.

Después de la ceremonia hubo plácemes, felicitaciones, alegría desbordante. ¡Qué gozo interior! ¡Qué importante me creía! Al mediodía, todos los ordenados cantamos un tedéum en la Capilla Mayor. Una vez más, me esforcé para no distraerme y procuré poner